

Leonor Izquierdo Cuevas: la visibilidad de una mujer digna

Jesús Bozal Alfaro

Resumen

El encuentro de Antonio Machado y Leonor Izquierdo en Soria, en 1907, no tuvo, a pesar de la edad, nada de extraordinario. Se conocieron seguramente en la pensión de Collado, 54. Ella estaba allí empadronada y esa fue también la primera pensión de Antonio Machado. Al margen de la noticia de su boda, de su viaje a París, de su enfermedad, sabemos poco más de su biografía. La intimidad entre ellos quedó siempre preservada. Su enfermedad y muerte, sin embargo, llevaron a Antonio Machado a dar a Leonor la visibilidad que pusiera de relieve su trascendencia y su compromiso sólido entre ellos, y las sencillas cualidades de su personalidad.

La musa de Machado no fue Leonor, a nuestro juicio, sino el pueblo sencillo de Soria. Leonor fue su mujer, su igual, visible para él, en su vida y en su obra. El ser humano que junto a otro ser humano conformaron, durante un tiempo breve, un espacio en el que reinó el respeto y el amor.

Palabras clave: Leonor, Soria, Collado, Machado, pueblo, visibilidad.

Abstract

Apart from the age difference, there was nothing worthy of note in the first meeting of Antonio Machado and Leonor Izquierdo in Soria in 1907. It is almost certain that they became acquainted in that boarding house in 54 Collado Street. She was living there and this was also the first boarding house Machado stayed at. Aside from what we know of the wedding, of the trip to Paris and her illness, we know little of her biography. The privacy between

them remained unbreached. Her illness and death, however, led Antonio Machado to give Leonor visibility, to highlight her importance and the firm commitment between them and the simple qualities of her personality.

The muse of Machado, in our opinion, was not Leonor but simply the town and people of Soria. Leonor was his wife, his equal, visible for him in his life and in his work. A human being who together with another human being formed, for a brief period in time, a space in which reigned respect and love.

Keywords: Leonor, Soria, Collado Street, Machado, people, visibility.

El encuentro de Antonio Machado y Leonor Izquierdo en Soria, en 1907, no tuvo, a pesar de la edad, nada de extraordinario. Se conocieron seguramente en la pensión de la tía de Leonor: Collado, 54. Ella estaba allí empadronada y esa fue también la primera pensión de Antonio Machado. Al margen de la noticia de su boda, de su viaje a París, de su enfermedad e ingreso hospitalario en la Maison de la Santé del Faubourg Saint-Denis 200 (hoy Hospital Fernand Widal), sabemos poco más de su biografía. La intimidad, la discreción, el amor entre ellos, quedaron siempre preservados. Su enfermedad y muerte, sin embargo, llevaron a Antonio Machado a dar a Leonor la visibilidad que pusiera de relieve su trascendencia y su compromiso sólido entre ellos, y las sencillas cualidades de su personalidad: digna, discreta, comprometida y generosa. Machado quería que quedara vivo el retrato de una relación sencilla, austera, fraternal entre los dos.

Sencillez en lo cotidiano. Austeridad compartida con los demás. Fraternidad en la alegría, en el dolor,

en el respeto, en el trabajo literario. La musa de Machado no fue Leonor, a nuestro juicio, sino el pueblo sencillito de Soria. Leonor fue su mujer, su igual, visible para él, en su vida y en su obra. El ser humano que junto a otro ser humano conformaron, durante un tiempo breve, un espacio en el que reinó el respeto y el amor.

La figura de Leonor Izquierdo Cuevas, esposa de Antonio Machado, sigue encerrada en su pequeño misterio. Personaje literario, sin embargo, fue también mujer de su tiempo; y presencia visible, mientras vivió, en Soria o en París, en la vida de uno de los escritores e intelectuales más importantes de la literatura universal.

De todos los adjetivos que se le han atribuido, nosotros nos quedamos con los que le dedicó José María Palacio en un artículo publicado, tres días después de su muerte, en *El Porvenir Castellano*: «Doña Leonor Izquierdo de Machado, tan joven, tan buena, tan bella, tan digna del hombre en cuyo corazón es todo generosidad y en cuyo cerebro dominan potentes destellos de inteligencia, ha muerto, y ¡parece mentira! ¡Pobre Leonor!» (Palacio, 5 agosto 1912). Y en lo que escribiera el mismo autor ante su tumba un año después: «Y en esta hora solemne, he tomado mis rosas y las he extendido sobre la tumba de la que fue digna y amantísima esposa de usted» (Palacio, 29 junio 1913).

«Tan digna del hombre [...]»; «digna y amantísima esposa». En un plano de igualdad absoluta, por lo tanto, en la medida en que compartieron, desde la discreción, en la dignidad, un espacio común, vivido, visible, que la muerte frustró tan temprano.

Leonor ejerció, sin ninguna duda, un influjo importante en la vida de Antonio Machado. No hay referencia ninguna que lo oculte o empañe. La presencia en su obra coincidirá con su enfermedad y muerte. Y será después, instalado ya en Baeza, cuando el poeta la incorpore, para siempre, a su mundo poético, en el que él mismo, a modo de homenaje fiel, ocupa junto a ella un espacio bien visible en su obra.

Leonor por Machado

Cuando se casó con Antonio Machado, Leonor Izquierdo tenía 15 años, frente a los 33 de él. «Apenas sabemos nada acerca del desarrollo de la

relación que, de entrada, desconcierta por la poca edad de Leonor», insiste Ian Gibson (2006, p. 205). La discreción, la intimidad, respetuosa con la de los demás, fue, insistimos nosotros, una de las virtudes que más cultivó el poeta sevillano en su vida.

La boda tuvo lugar el 30 de junio de 1909. Las muestras de intolerancia que, al parecer, tuvo que soportar el matrimonio, no empañaron en absoluto su profunda admiración por una ciudad y unas gentes que siguen recordándole con el mismo cariño y la misma admiración que él les profesó siempre: «Soria —proclamaría, junto a la ermita de San Saturio, en 1932— es una escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad (Machado, 1989: p. 1801)».

La dignidad, en la obra que Machado escribe en Soria, está siempre asociada a la ciudad, a sus habitantes, y a su mujer.

No hay «yo» sin «tú»

Leonor, empadronada, con sus padres, en la primera pensión de Antonio Machado en Soria (Collado 54), aparece en la obra de Antonio Machado muy poco antes de su muerte, en un poema, «Yo buscaba a Dios un día», descubierto, en 1989, por la profesora María Luisa Lobato, que formaba parte de unos cuadernos inéditos del propio poeta:

La muerte ronda mi calle
llamará.
¡Ay, lo que yo más adoro
se lo tiene que llevar!
La muerte llama a mi puerta.
Quiere entrar.
¡Ay! Señor, si me la llevas
ya no te vuelvo a rezar.
¡Ay!, mi corazón se rompe
de dolor.
¿Es verdad que me la quitas?
No la quites, Señor
(Lobato, 1989).¹

Ante la llamada de la muerte, Antonio Machado confiesa su devoción a su mujer, suplicando por ella al Señor. Muerta, insiste en la misma idea (Machado, 1989: p. 546).

Señor, ya me arrancaste lo que más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

En esas expresiones («me la llevas», «me la quitas»; «me arrancaste»), separadas por el tiempo (presente-pasado), Antonio Machado expresa, además de la impotencia humana ante la muerte de su mujer, de su compañera (voluntad humana contra voluntad divina), su adoración y fidelidad absoluta hacia ella en el tiempo: «Lo que más adoro», «Lo que más quería».

Ella y ELLA

Leonor es, en la obra de Machado, ella y Ella, con toda su personalidad, en la vida diaria y en el sufrimiento, junto a él, en el sueño dialogado:

¡Ay, ya no puedo caminar con ella!
(Machado, 1989: p. 545)

[...] esta amargura que me ahoga fluye
en esperanza de Ella
(Machado, 1989: p. 548).

En el primer caso, ella es la mujer que él conoció en Soria; en el segundo, Ella simboliza la esperanza arrebatada, pero recuperada para el recuerdo permanente en su obra.

Ella, como mujer de su tiempo, ocupa un lugar propio en el espacio y tiempo compartido entre los dos. Ese es el mensaje que Antonio Machado envía a sus lectores. Por eso no la nombra siquiera antes de su muerte, respetando así un espacio personal que les es propio. Ella, para él, será siempre ella, la hija de Ceferino Izquierdo Caballero y de Isabel Cuevas Acebes, nacida en Almenar (Soria), y residente en Soria. A la sombra social, invisible, entonces, detrás de su condición de esposa, para los demás, Machado destaca su visibilidad absoluta para él, en su vida y en su obra. Su foto de boda está ahí a modo de testimonio. Y las peripecias de su enfermedad en París a través de su correspondencia. Y los cuidados de Antonio Machado, en Soria, durante un año entero, que podríamos resumir con un párrafo de la carta que el poeta escribe a su madre durante ese tiempo:

Así, pues, queridísima mamá no te acongojes tú por mi situación; el golpe terrible para mí fue el que llevé

en París, cuando la enfermedad de Leonor nos hirió como un rayo en plena felicidad. [...] El plan mío y el de Leonor es desde luego ir a Madrid, si la mejoría se acentúa pronto, en caso contrario que tú vengas aquí. Leonor me decía: Ahora puede la mamá Anita venir a ver a su niña, si su niña no va a verla a ella. Cuando nos escribas hablemos de tu viaje pues a ella le agradecerá saber que tú estás dispuesta a venir.

Si la muerte de ella, en Soria, les separó «en plena felicidad», la muerte de él, en Collioure (Francia), en 1939, tampoco les unió. Como escribiría Simone de Beauvoir en su libro *La cérémonie des adieux* (*La ceremonia del adiós*), evocando la muerte de Jean-Paul Sartre: «Su muerte nos separa. Mi muerte no nos unirá. Así es: ya fue hermoso que nuestras vidas hayan podido estar de acuerdo durante tanto tiempo» (Beauvoir, 2003: p. 251).

Tú

Leonor es también el tú, el pasado, el presente, el futuro, compartidos con sencillez y discreción:

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.
Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!
(Machado, 1989: p. 547).

La voz —real— le acerca al tú, a ella, al ser cercano, compañero. La mano se convierte en el símbolo del apoyo, de la cercanía, de la generosidad. Curiosamente, cuando tanta importancia se le concede a la edad de Leonor, al objeto de hacerla invisible, Antonio Machado subraya, por el contrario,

el hecho de que fuera ella, Leonor, su mujer: «quien asentó mis pasos en la tierra» (Machado, 1989: p. 588). ¡Qué más podía decir para demostrarlo!

Leonor

Leonor es así mismo Leonor, aunque solo aparece una única vez, con su nombre, en su obra: «¿No ves, Leonor,...?». En ese momento, y para siempre ya, Leonor adquiere la talla de personaje perfectamente definido, autónomo, al que evoca, desde la distancia, desde el sueño real, de la mano, con absoluto respeto y devoción:

Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.
(Machado, 1989: p. 546).

Leonor, mujer, musa, personaje secundario para los demás, no lo fue, insistimos, nunca para Antonio Machado. Solo es niña para él cuando muere, porque en ese momento, el tú, el ella, la mano, la voz, la evocación de su nombre, pierden toda su significación soñada, sentida, y se convierten en presencia real, cuerpo inmóvil, derrotado, muerto. El sentimiento del amor se transforma entonces, solo entonces, con toda la fuerza que ocasiona el dolor por la pérdida de un ser querido, en sentimiento de piedad. El poeta ya no canta, reza, conmovido por el dolor, ante el cadáver del ser humano, joven además, a la que la muerte, cruel, inmisericorde, ha arrebatado la vida:

Una noche de verano
—estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró.

Se fue acercando a su lecho
—ni siquiera me miró—
con unos dedos muy finos,
algo muy tenue rompió.
Silenciosa y sin mirarme,
la muerte otra vez pasó
delante de mí. ¿Qué has hecho?
La muerte no respondió.
Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!
(Machado, 1989: p. 547).

El concepto «niña» en la poesía de Antonio Machado no tiene nada que ver con la edad, sino con lo más noble de lo humano; el niño es «el capaz de aprender» (Machado, 1989: p. 2076). Y esa nobleza, esa capacidad de aprender, y de enseñar, hace surgir en él la suya propia:

Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere... Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa (Machado, 1989: p. 1532).

Una mujer digna y visible

Ella, tú, Leonor, Machado la consideró siempre, en definitiva, como su mujer. Y, por lo tanto: su igual. Basta con leer su correspondencia para ver que Leonor fue para Machado, siempre, un ser valorado por sus acciones:

Una enfermedad de mi mujer, que me ha tenido muy preocupado y convertido en enfermero (Machado, 1989: p. 1490).

Hace dos años me casé y una larga enfermedad de mi mujer a quien adoro, me tiene muy entristecido (Machado, 1989: p. 1492).

Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro.[...] Mi mujer era una criatura angelical segada por la

muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. [...] En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad (Machado, 1989: p. 1532).

Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé; allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano (Machado, 1989: p. 1989).

Si la felicidad es algo posible y real —lo que a veces pienso— yo la identificaría mentalmente con los años de mi vida en Soria y con el amor de mi mujer —a quien, como V. sabe, no me he resignado a perder pues su recuerdo constituye el fondo más sólido de mi espíritu [...] (Machado, 1989: p. 1607).

Y esa mujer no era una mujer desconocida. En absoluto. Se llamaba Leonor Izquierdo Cuevas, y pudo haber sido una más de aquellas mujeres sorianas que en 1907 pedían limosna con motivo del natalicio, aquel año, del hijo del rey Alfonso XIII, Alfonso Pío Cristino Eduardo.

Escribe Benito Artigas Arpón en *Tierra Soriana* (1907):

Por eso el reparto de limosnas se vio extraordinariamente concurrido. Quinientas madres o hermanas, pálidas, anémicas, consumidas por las privaciones, víctimas de la miseria, acudieron a donde la Caridad se ejercía.

Iban con los ojos enmameados por el llanto.

¡Quinientas madres o hermanas en éxodo trágico!

¡La tercera parte de la población indigente!

Y se pretendía que en el arca del llanto se colgaran vistosas telas.

Eran, todas, mujeres de Soria, mujeres de España, como Leonor, sabias y dignas.

Leonor Izquierdo: personaje literario

Leonor es uno más de los principales personajes con los que Machado completa su obra literaria. Leonor, ser real, con una biografía reducida, pero perfectamente delimitada, se convierte, en la poesía de Antonio Machado, en un personaje que responde a la concepción que él mismo tiene de su

discurso poético: «No es la lógica lo que el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que da estructura al poema, sino la lógica» (Machado, 1989: p. 1653).

Es decir que, considerando a Leonor como un personaje literario, todo lo que sobre ella escribe tiene su origen en la experiencia de la vida (lugares, personas, etc.) compartida con ella. La figura de Leonor admite, en ese sentido, una doble lectura: ser real, ser imaginado; Leonor y Leonor.

Antonio Machado no entiende la lírica al margen de la vida, al margen del «pensar genérico», contexto histórico de todos y cada uno de sus personajes:

Se ignoraba, o se aparentaba ignorar, que un poema es —como un cuadro, una estatua o una catedral—, antes que nada, un objeto propuesto a la contemplación del prójimo, y que no sería tal objeto, que carecería en absoluto de existencia, si no estuviese construido sobre el esquema del pensar genérico, si careciese de lógica, si no respondiese, de algún modo, a la común estructura espiritual del múltiple sujeto que ha de contemplarlo (Machado, 1989: p. 1652).

Pero además, como terminaba Marina Durañona, profesora de la Universidad de Buenos Aires, la conferencia que dio en Soria, en 1994, con motivo del Centenario Leonor (Congreso: «La mujer y la literatura»), organizado por la Fundación Española Antonio Machado:

Pero además, si Leonor es ella, Soria es mucho más que el telón de fondo de los años de una vida compartida; es «el paisaje soñado» desde la quimera de un todavía jamás cerrado. Es la tierra del misterio que al no dejar saber «lo que se traga la tierra» abre el vaso comunicante de los complementos machadianos: yo-tú; presencia-ausencia; esperanza-desesperanza. Es el piso que dibuja inmortalmente la huella de una pisada memorable. Como La Mancha dibuja aún la del Quijote o como la lejana pampa argentina reproduce la de Martín Fierro. Soria soñada es tierra de milagro siempre vigente; de caminos mágicamente recuperados para quien se lleve en el daguerrotipo de la retina y de las galerías del alma la imagen inalterable de las rudas moles de piedra estampadas en palabras entre las que resuena con eco inacabable el nombre de Leonor (Durañona, 1994).

Porque las imágenes poéticas no son sino una parte de las imágenes que el escritor, Antonio Machado, quiere proyectar, intenta enviar a sus lectores, de su experiencia vivida en Soria. Es la experiencia de la vida que tan bien ha explicado Julián Marías en su artículo, *Antonio Machado y la Experiencia de la vida*:

Y surge la experiencia de su propia vida en un lugar definido:

Yo en este viejo pueblo paseando
solo, como un fantasma

Y la experiencia de la vida de los demás, con los cuales se siente en comunión fraterna. Y la historia entera: la vida que pasa aquí y ahora: en Soria, en Castilla, en la ribera del Duero, entre San Polo y San Saturio, junto a los álamos del amor. La vida de que Antonio Machado tiene experiencia, la de cada cual, circunstancial y única, destino libremente aceptado, porque «nadie elige su amor». Todo eso que nos legó «en esa magia, ese encanto o hechizo de comunicación que es el carmen, el poema, esa forma viviente que es capaz de transmigrar sin alterarse, sin perder su temblor, de un alma a otra alma (Marías, 2007: pp. 57-70).

Ese es el milagro poético y humano, siempre compartido, que Antonio Machado realiza en torno a la figura de su mujer, Leonor.

A pesar de lo cual, a pesar de la insistencia de Antonio Machado en asociar a su mujer con Soria, a pesar de que fue allí, en Soria, en donde se produjo el milagro del amor («Nadie elige su amor», Machado, 1989: p. 662), Leonor sigue sin ocupar el espacio real que le corresponde.

Fue la mujer, la voz, la mano, amigas, con las que Antonio Machado compartió la vida, lo más íntimo, lo más natural, lo más humilde, y lo más grandioso al mismo tiempo, aunque durante un corto espacio de tiempo, en Soria y en París. Y todo eso se refleja en cada mención que de la mano con ella hace en su obra. Nunca la dejó sola. Nunca la dejará sola. Los dos vivieron juntos y los dos vivirán juntos en la obra literaria, que no es, en este caso, sino el testimonio permanente de su propia historia de amor, de su propia existencia compartida. Desde «las diferencias en la igualdad», como escribe Simone de Beauvoir (1976: p. 651).

Murió, es verdad, demasiado joven; pero queda en el recuerdo, humano y literario, esa joven mujer soriana que ayudó a Machado, con su presencia, con su inteligencia, con su bondad, a comprender mejor la vida en Soria, la vida en Castilla, la vida en España, la vida de todos los días en una parte concreta del planeta. Porque, para Machado, Soria es la metáfora de España. Así lo afirma en su primer poema dedicado a la ciudad: *¡Hermosa tierra de España!* (Machado, 1989: p. 434).

Leonor es, en definitiva, la representante, el símbolo permanente, de esos habitantes «sabios y dignos»; de esa Soria «maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos y nada más. ¿No es esto bastante?» (Machado, 1989: p. 1801).

Por todo ello, sería necesario concluir que esta mujer no solo tuvo una presencia importante en la obra poética de su marido, Antonio Machado, sino que además ella es también, como mujer, el símbolo claro de la Soria sabia y digna; de la España sabia y digna; del pueblo soriano y español, sabio y digno, al que el poeta alude siempre con tanto respeto y tanta admiración: «Mi amor a Soria es grande; y el tiempo, lejos de amenguarlo, lo depura y acrecienta. Pero en ello no hay nada que Soria tenga que agradecerme. ¿Quién en mi caso no llevaría a esa tierra en el alma?» (Machado, 1989: p. 1645).

Antonio Machado lleva a Soria en el alma, porque lleva a Leonor en el alma. La muerte no triunfó, en este caso tampoco, sobre la vida, pues sus voces, de Leonor Izquierdo Cuevas y de Antonio Machado Ruiz siguen escuchándose, con profundo respeto, todavía.



Jesús Bozal Alfaro

C/ Jorge Manrique, 5, 1.º B, 42002 Soria
[T] 646522378
[@] jeboalfa@outlook.com

Referencias bibliográficas

- ARTIGAS ARPÓN, B. (1907). Efímera. *Tierra Soriana*.
BEAUVOIR, S. de (1976). *Le deuxième sexe* (II). Paris: Gallimard.
—. (2003). *La ceremonia del adiós*. Madrid: El País. Clásicos del Siglo XX.

DURAÑONA, M. (1994). Leonor y la verosimilitud del sueño creador. En: *La mujer y la literatura. Congreso de la Fundación Española Antonio Machado*. Soria: 1994.

GIBSON, I. (2006). *Ligero de equipaje*. Madrid: Aguilar.

LOBATO, M. L. (1989). Cinco cuadernos autógrafos de Antonio Machado. En: *Congreso de Hispanistas. A.I.H. Actas X*. Colegio Universidad de Burgos: 1989. http://www.cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/10/aih_10_3_007.pdf

MACHADO, A. (1989). *Obras Completas*. Comp. Oreste Macri. Madrid: Espasa Calpe, Clásicos Castellanos.

MARIAS, J. (2007). *Antonio Machado y la Experiencia de la vida*. Soria: CSIC.

PALACIO, J. M. (1912). Doña Leonor Izquierdo, *El Porvenir Castellano*.

— . (1913). Doña Leonor Izquierdo, *El Porvenir Castellano*.

Nota

[1] Poema inédito dado a conocer en el Congreso de Hispanistas, celebrado en Barcelona en agosto de 1989. ABC, El País, 26 de agosto 1989.